

LA PLUMA

Los dibujos de Petrona Viera

Existe una obra que, en la hora actual de nuestra pintura joven, posee, como ninguna otra, signo intuitivo merced al cual se va creando con vivificación intensa, con nerviosidad, a mediada que se multiplica.

Es la obra de Petrona Viera en ella vuelca – puede afirmarse sin miedo a exageración alguna- todo el sentido de su vida. Quedaría más expresado nuestro pensamiento, si al decir sentido agregáramos acción: en sus actividades hay exclusivismo para todo aquello que no sea trabajo (juego) acorde con su arte.

Pocas veces se presentará al espectador un caso más concreto en el que ese sentido de vida se resuelva con mayor nitidez, sin el barullo de las teorías, las fórmulas ni las etiquetas, en el contenido de la obra. Casi podría hacerse axiomática la afirmación: tanto sentido de vida, equivaliendo a tanto de valor emocional rendido en la obra.

Esto en el andar del tiempo, cristalizará, para los críticos “de ese entonces” e una estética. Estética legítima ésta que surge siguiendo un orden inverso al de la mayoría de las escuelas recientes: primero la obra, y de ella la teoría. Teoría entonces, es sabiduría, es razón, es desprendimiento, es deducir y no fantasear “a priori”. La una se comprueba en la otra con la perfección ajustada del contenido en el continente.

Lo que hay puesto en esa obra de entusiasmo, de ideal, de lucha, de intimidad, lo que habrá de arrobamientos, quizás escape a toda apreciación. Y este es otro matiz, otro considerar de índole diversa, aparte, enfocando más a la artista que a su obra.

Que ello pueda señalarse en todo artista legítimo, es decir que sea en cierto modo una anotación vulgar o de orden sentimental (ilícita o prohibida para los cánones intelectuales en boga) sería argüir en el vacío.

Se dan en Petrona Viera condiciones naturales que la excepcionalizan y que es imposible descartar. Habrá una exigencia superior de tacto o de sutil pesaje psicológico cuando se contemplan o se pretenda explicar con ellas particularidades o aspectos en apariencia extraños de su producción. Aquí mucho cuidado porque se está a un paso de la mala literatura y de la falsa psicología, lo que por ende desplazaría todo juicio de carácter estético.

Difícil tarea, pues, valorizar la obra de esta mujer místicamente entregada a su arte.

Aun cuando suene extraño, escribe este- místicamente- término que me traduce con más aproximada propiedad la pasión de su arte en el silencio íntegro de su vida. Para otro punto de mira (dicho se ampliando mi justificación) ese vocablo ha sido restituido a un significado tan pristino que equivale a anti-romántico y constructivo; señales directrices en los postulados de las novísimas tendencias.

Mística lo escribo sin sombra de ascetismo doloroso, ni romanticismo cristiano que hay una inmensa alegría en su inmenso amor a la luz.

Si este es el testimonio más rápido, la sugerencia más comunicativa, la más hablada que nos dan sus telas, de su goce visual; los dibujos nos la muestra detenida en la observación amorosa de los niños cuyas actitudes sorprende en su verdadero encanto.

La artista se ha apasionado en esto con creciente interés. Ha poblado su estudio de niños. Un jardín y unos niños que rondan al sol, pueden ser el mundo de su obra. Su sensibilidad lo hará diverso, lo descubrirá múltiple, lo creará original. Así el crítico que se acerque a su

obra hallará en estos dibujos de niños uno de sus aspectos más emocionados y más específicamente personales.

Ya, con mucho acierto, se les consideró “como una pura y clara manifestación estética y un reflejo de la vida de los pequeños”. (Bazzurro, en efecto, había escrito esto, refiriéndose “al amoroso y obstinado trabajo de observación de la vida de los niños”) Si se detalla que en estos dibujos está plasmada en palpitante calidez la percepción de la forma, de la proporción, del ritmo, del movimiento, tendremos en suma- suma de calidades- los dos valores: el humano y el estético.

Lo original estriba en la medida en que armonizan, sin preponderancias, hoy cuando se pregona la celebración por encima de todo, y decir humanidad en pintura, vale, suena como decir sentimentalidad en poesía.

Hay quien se escuda para esto- con astucia- en términos de significación actual infinita: pintura pura, poesía pura, música pura... infinita aun en el hermetismo de su encasillamiento, mientras no excluya el factor humano. Se comprende que ha de evidenciar una emoción distinta a las anteriores, siendo otra la necesidad, manera y manifestación de nuestro vivir.

Quiérase o no, invocando esta o aquella teoría de arte, el valor de estos dibujos, radicará en la calidad técnica de su dibujo; pero estará también en su belleza, en su verdad psicológica.

Con el designio de amenguar esta última faz he oído calificarlos de “demasiado inconclusos”, lo que es erróneo. Falta de conocimiento, falta de comprensión. Esquemáticos son por intrínseca naturaleza de hecho ante todo. Después está la versión plástica de ese hecho – movimiento – a conciencia y razonando.

.....

Hace un año poco más o menos y con motivo de la primer exposición de Petrona Viera, el pintor Bazzurro insinuó en “Páginas de Arte”, una idea tan acertada, que creo exime el elogio y hasta el comentario.

Escribía Bazzurro: “Cientos de dibujos a cual más interesante, composiciones llenas de encanto que por cierto veríamos con agrado fueran utilizadas por los poderes políticos de la decoración de alguna escuela”.

De llevarse a cabo esto, se le proporcionaría a la artista la ocasión de ejecutar una obra que, evidenciando su personalidad señalaría - sólido Hermes - lo que en potencia viene produciendo nuestra pintura, en su moderno encauce y como manifestación viva de arte.

LUIS EDUARDO POMBO